



*D. Gasparus D. Zunica et Acevedo Comes monti Regij. Pro Rex et dux
Gnatis. 1896.*

*Manuel de...
L.*

Lil de la V de Marquis é hijos.

NOVENO VIREY.

**D. GASPARD DE ZUÑIGA Y ACEVEDO,
CONDE DE MONTEREY.**

LLEGADO á Veracruz en una flota á mediados de Setiembre de 1595 el conde de Monterey, destinado á reemplazar á D. Luis de Velasco, continuó su camino para la capital sin detenerse, pasando por las ciudades de Tlaxcala, Puebla, Cholula y Huejotcingo. Era descendiente del primero del mismo título D. Sancho Sanchez de Ulloa, titulado por Enrique IV en 1474, y de D^a Teresa de Zúñiga, de ilustre familia, cuya casa recaia en la del duque de Alva. En Acolman encontró á Velasco, con quien se detuvo solamente un dia, y prosiguió su viaje saliendo á recibirlo hasta Huamantla los prelados de las órdenes religiosas. En la Villa de Guadalupe le recibieron la ciudad y autoridades de la corte virreinal con grandes fiestas, é hizo su entrada en México el 5 de Noviembre de 1595, despues de haberse demorado algun tiempo en aquellas poblaciones con motivo de las fiestas. Demasiado prudente, no queria emprender ningun negocio hasta tener conocimiento de los sugetos con quienes trataba, faltándole la gran cualidad de un gobernante, que consiste en el certero golpe de vista que conoce desde luego las intenciones ocultas de aquel con quien trata; por eso fué tachado de moroso. Sin embargo, á él se debe la revocacion del mandamiento que dispuso pagaran los indigenas el tributo con gallinas, y continuó la espedicion de Nuevo-México mandada formar por su antecesor, dando al marino Sebastian Vizcaino todo el auxilio que le pidió para la conquista de California, cuya península tenia fama de poseer riquísimas perlas; reuniéronse en México todos los que hicieron aquella jornada, y pasando á Acapulco se embarcaron en tres navíos. Entonces fué descubierta toda la costa de la Alta California, en la que se dió el nombre del virey á la bahía que lo conserva, y tambien á la ciudad, capital de Nuevo-Leon, fundada en su tiempo. En la Baja California fueron visitados varios puertos, y ninguno ofrecia las comodidades necesarias para la fundacion de una colonia, hasta que fué encontrado el que se llamó de la Paz á causa de la mansedumbre de los indigenas, y allí desembarcaron las tropas y las familias con esperanzas de establecerse; pero sus cálculos salieron muy errados, pues hallaron aquella region inhabitable, y como se les agotaron los víveres les fué preciso volver á Acapulco. Tambien quiso el virey que fuera poblada la provincia de Nuevo-México despues de haberse informado que traeria aumento á las rentas de la corona y se logra-

ria contener á aquellas naciones bárbaras. Así, despues de examinar el tratado celebrado entre su predecesor Velasco y Francisco de Oñate; corrigiéndolo y añadiendo otras condiciones, mandó que se llevara á efecto nombrando á Vicente Saldivar, sobrino de Oñate, para que reclutara gente de á pié y de á caballo, consiguiendo con ello captarse la benevolencia de este y comprometerlo á que cumpliría sus compromisos. Fué tan bien recibida la expedicion que se alistaron en ella aun los casados, lisonjeándose de hallar en Nuevo-México las riquezas que habian soñado. Formaron los reclutas compañías mandadas por gefes experimentados, con los cuales marchó Saldivar á desempeñar su comision; pero luego que hubieron avanzado doscientas leguas de México se amotinaron los soldados en Taxco, resueltos á no pasar adelante si no se les cumplieran ciertas promesas que les habian hecho, y si ademas no eran enviados nuevos refuerzos que se les uniesen, con lo cual se hiciera posible la conquista que iban á emprender. Saldivar dió parte de ello al virey, quien despachó á marchas forzadas á D. Lope de Ulloa con poderes para castigar á los amotinados y obligar á los soldados á continuar la expedicion, lo que consiguió el enviado usando de la prudencia y logró que terminaran las desavenencias: Nuevo-México fué ocupado sin que hicieran resistencia los indígenas. Entonces el virey envió mas soldados á petición del gefe de la expedicion, y pudieron regresar á México los descontentos que vinieron espresándose en contra de aquellas tierras, porque no hallaron los tesoros que se habian imaginado.

Obligado el conde de Monterey por las órdenes de Felipe II, procedió en 1598 á reunir á los indios en pueblos y congregaciones, procurando evitar los grandes males que se originaban al cumplirlas, y cuando parecian ya agotados los esfuerzos en ese sentido por las diligencias hechas por los vireyes Moya y Velasco. Las causas que impulsaron al conde de Monterey á llevar adelante su proyecto, fueron los reclamos de los recaudadores de tributos que se quejaban de que no podian ecsigirlos por no estar empadronados todos los indios, y el deseo de algunos españoles ricos que querian apoderarse de las tierras que poseian los indios esparcidos en las sierras y valles, y tambien porque se creia que el único medio de amoldar á los indios á la vida civil y á que abandonaran sus costumbres, era el de reducirlos á poblaciones. Por tales motivos, sin perdonar gastos, mandó el virey cien comisarios con mil pesos de sueldo anual, para que visitaran los lugares que habitaban aquellos y señalaran los parajes mas apropiados para fundar las poblaciones en que se recogieran. Las instrucciones de los comisarios consistian en no dar paso sin conocimiento del cura ó doctrinero del partido, en union del cual debian visitar los ranchos debiendo atender á su parecer sobre el lugar mas apropiado para establecer el pueblo. Vueltos los comisarios á México, habiendo empleado casi todo el año en la comision, hicieron un informe bajo juramento, presentando los pareceres de los curas; pero varios de estos fueron cohechados por los ricos para que les dejaran libres los lugares que convenian á sus grangerías, por cuyo motivo quedaron designados para pueblos muchos sitios en malas condiciones. Previendo esta superchería el conde de Monterey, publicó una orden en que mandaba que se conservase á los indígenas las tierras que dejaban, sin dar permiso para que las vendieran, y aunque muchos avaros le hicieron ver que no podrian cuidarlas estando separados de ellas, el virey se mantuvo incesorable y llevó á cabo sus órdenes. Ademas, como se dispuso que los indios se alquilasen libremente para el trabajo de los campos y minas, asistia personalmente los domingos á las plazas de San Juan y Santiago, en México, en cuyos lugares se hacian los ajustes, queriendo evitar que los mexicanos fueran engañados.



FELIPE II.

Lit. de la V. de Murguía é hijos.

Habiendo muerto Felipe II el 13 de Setiembre de 1598 en el Escorial, se publicaron en México los lutos por el virey en el año siguiente, y quedó señalado el día para la solemne jura de Felipe III, que se hizo en todas las ciudades de la Nueva-España con gran pompa. Felipe II nació en Valladolid el 21 de Mayo de 1527 siendo sus padres Carlos V é Isabel de Portugal; por abdicaciones sucesivas de su padre ocupó en 1554 el trono de Nápoles y Sicilia; en Octubre del siguiente año reunió á esta corona la soberanía de los Países Bajos y ocupó el solio español en Enero de 1556, empuñando el cetro de la mayor monarquía entonces conocida, y con la corona heredó tambien el espíritu guerrero y emprendedor de Carlos V; pero le faltaban la magnanimidad y el arrojo de su padre, cuyas cualidades vió con envidia descollar en su hermano bastardo D. Juan de Austria, predilecto del Emperador. Ya D. Felipe habia dado muestras de su aptitud para el gobierno cuando por ausencia de su padre tuvo algun tiempo el de España; pero cometió el error de querer ensanchar sus dominios, dando con ello motivo á revueltas intestinas y á los tristes sucesos que marcaron su reinado. Heredero de la guerra con Francia, inauguró su reinado en la famosa batalla dada frente á los muros de San Quintin, plaza fuerte de la Picardía á las márgenes del rio Somma, dejando los franceses porcion de pertrechos, banderas, seis mil muertos, cuatro mil prisioneros, entre ellos el duque de Enghien, el vizconde de Truena, y otra porcion de caudillos que fueron los principales trofeos de aquella batalla dada el 10 de Agosto de 1557; Felipe II, que desde Cambray acudió al campo de batalla, estrechó el sitio de San Quintin que al fin tomó por fuerza, y en memoria de estos acontecimientos hizo votos de elevar al Dios de los Ejércitos el templo mas suntuoso que fuera dable, y aun se admirará por muchas generaciones el magnífico monasterio del Escorial, que con páginas de piedra está recordando la fé y grandeza de aquel rey bajo cuya inmediata inspeccion fué levantado. Ya por entonces estaba libre Felipe II de su poderoso enemigo el Papa Paulo IV y no halló quien interrumpiera sus triunfos; se posesionó de las plazas fuertes de Chatel, Ham y Noyon, y se dirigió sobre Paris donde reinaban la consternacion y el espanto, cuando otorgó la paz que el rey Enrique le demandó, y no correspondiendo á la generosa conducta de Felipe, las tropas francesas volvieron á apoderarse de Dunquerque, aunque de nuevo fueron escarmentadas por los tercios españoles en la batalla de Gravelingas; entonces se ajustó la paz por la mediacion del delegado del Papa; y aunque las negociaciones se suspendieron por la muerte de la reina, continuaron luego firmándose por último el tratado de Chateaux Cambresis, á consecuencia del cual fueron restituidas á España las conquistas que tenia hechas desde 1551 en los Países Bajos é Italia, y se arregló el casamiento de D. Felipe con madama Isabel, hija de Enrique; con tal motivo pasó á España D. Felipe dejando de gobernadora de los Países Bajos á la reina Margarita, hija natural de Carlos V, princesa de singular talento pero que sin embargo no lo tenia para gobernar; y habiendo estallado la insurreccion en su contra, Felipe II se limitó á enviar á su auxilio algunos tercios españoles al mando del duque de Alva, á quien dió plenos poderes para reprimir la rebelion y cuyo gefe desplegó inusitado rigor contra los protestantes, contándose entre las víctimas los condes de Horn y Egmont, por lo cual se levantaron todos los flamencos para sacudir un yugo tan opresor, alimentando el odio en su contra el consejo llamado de sangre por los del país, instituido para juzgar á los rebeldes; pero el duque de Alva con sus aguerridos tercios combatió victoriosamente á sus contrarios, y por medio de una táctica inteligente obligó al príncipe de Orange á volverse á Francia y

sujetó á todas las provincias rebeladas escepto á la Holanda y Zelanda. Las intrigas palaciegas cortando los recursos al general le obligaron á renunciar, y como Felipe II estaba persuadido que el carácter inflexible del duque no era el mas apropiado para conseguir la paz, admitió la dimision nombrando en su lugar á D. Luis de Zúñiga y á D. Juan de Austria, quienes lo hicieron tan mal, que los Países Bajos se erigieron en república independiente hasta que Alejandro Farnesio redujo á la obediencia á las provincias sublevadas; pero olvidándose Felipe II de enviar oportunos auxilios, ya por su carácter, ya por tener que atender á la guerra contra los moriscos, á quienes se queria obligar á dejar sus trajes, su idioma y sus costumbres, no pudo ser sofocada completamente la rebelion. Tambien tuvo que atender el monarca á la lucha con los moros, que sitiaron á Oran y Mazarquivir despues de haber arrollado á la escuadrilla castellana; aunque tuvieron que levantar el sitio y mas tarde fueron derrotados. Habiendo formado una liga Pio V, Felipe II y la república de Venecia contra el turco Selim, dióse en 1571 la famosa batalla de Lepanto en el golfo de Corinto, á inmediaciones de la isla Cefalonia, mandando las doscientas velas castellanas el célebre D. Juan de Austria, llevando los turcos mas de trescientas velas; fueron rescatados quince mil cristianos cautivos que iban sujetos al remo, y en esa memorable accion perdió la mano izquierda el inmortal Miguel de Cervantes Saavedra.

Otros acontecimientos llamaron la atencion de Felipe II hácia el Portugal, é impidieron tambien á la corte pudiera fijar su atencion en el adelanto de la Nueva-España, donde por carecer los vireyes de facultades no hacian las mejoras que deseaban. A consecuencia de la muerte del rey D. Sebastian y de su sucesor el cardenal Enrique, disputábase la monarquía portuguesa: el rey de España, la duquesa de Braganza, el duque de Saboya, el prior de Ocrate, Catalina de Médicis y el Papa Gregorio XIII; pero quedaron solos el prior y Felipe II, estando en favor de éste la justicia, por ser hijo de la hermana mayor del rey D. Sebastian. Felipe II, aclamado su competidor como rey por los portugueses, envió allá al duque de Alva con sus tropas sacándole del confinamiento en que lo tenia en Uceda; dos batallas campales y una naval bastaron á decidir la suerte del Portugal y sus Estados de Ultramar que sucumbieron al poder español, pasando D. Felipe á tomar posesion del reino en 1561 y proclamado en todas partes, concedió un perdon general y confirmó los privilegios de los portugueses; poco despues regresó á España nombrando virey de Portugal al cardenal Alberto, despues de la muerte del duque de Alva acaecida en Lisboa. La pérdida de este general parece que fué la señal de los desastres para Felipe II; las fuerzas españolas hasta entonces victoriosas comenzaron á sufrir desgracias en la mar; la proteccion de Inglaterra á los rebeldes y las piraterías á que los corsarios se entregaban en las colonias españolas, principalmente bajo la direccion de Drak, le obligaron á equipar en Lisboa una poderosa escuadra con ciento treinta buques de alto bordo y veinte mil soldados destinados á la conquista de Inglaterra, considerando que tenia un aliado en el descontento manifestado en Escocia por la muerte de María Estuardo y por el disgusto de los católicos ingleses; pero la escuadra experimentó tres recios temporales que destruyeron la mayor parte de los buques, siendo presos algunos por los enemigos, y los demas sufrieron otra tormenta en la costa de Escocia, donde escaparon pocos que se retiraron á España, en la cual desembarcaron á su vez los ingleses que atacaron la Coruña y Lisboa. El asesinato de Enrique III, rey de Francia y la proteccion que la liga pidió á Felipe II, determinaron á éste á enviar tro-

pas al mando de Farnesio que murió á poco, quedando privado Felipe II del tercero de sus grandes generales. Tambien tuvo que combatir á los zaragozanos que se levantaron porque creian atacados sus fueros entonces borrados con la sangre de los que fueron al suplicio.

Habiendo abjurado el protestantismo Enrique de Navarra, llevó la Francia la guerra contra España eligiendo por campo de batalla los turbulentos Estados de Flandes, donde se equilibraron las victorias y los desastres. Coligadas Francia, Holanda é Inglaterra, se dirigió en Junio de 1596 contra Cádiz una escuadra de ciento setenta y cuatro buques con tropas de desembarco, y fué tomado y saqueado completamente aquel puerto, teniendo España grandes pérdidas que afectaron por consecuencia á la Nueva-España. Felipe II no se desanimó, antes bien deseoso de vengarse hizo armar en el Ferrol una escuadra de ochenta naves que se dirigieron á las costas de Irlanda; pero era tan mala su suerte, que una borrasca hizo se perdiera la mitad de los buques salvándose los demas averiados. Tan repetidos reveces que pusieron tambien en grandes conflictos á las colonias españolas, hicieron grande impresion en D. Felipe, que estaba disgustado ya por sus continuas dolencias y los sinsabores domésticos que le acosaban, pues habia visto morir á sus hijos uno por uno, quedándole de sus cuatro matrimonios solamente un hijo de su mismo nombre y una hija llamada Isabel, aunque algo minoró sus pesadumbres la toma de Amiens por Hernando Portocarrero, que á poco la perdió, y conociendo cuan necesario era dejar asentada la paz antes de morir para no legar á su jóven hijo una guerra estéril y sangrienta, cedió á su hija D^a Isabel la Borgoña y Flandes, y despues firmó un tratado con Francia devolviéndose mutuamente las plazas conquistadas. Tranquilo ya en esta parte, pero acrecentándose sus males físicos, se hizo trasladar al Escorial, contra el dictámen de los facultativos, diciendo que queria ser conducido vivo á su sepulcro, y estuvo en una celda pobremente amueblada desde donde veia la iglesia y el altar mayor; atacado de violentos dolores, lleno de llagas su cuerpo, se dedicó con resignacion á la austeridad y la penitencia, perdonó á muchos delincuentes, dió libertad á sus enemigos, devolvió los bienes confiscados á algunas familias, y cuando conoció que era hora de la muerte, llamó á su hijo á quien dió sanos consejos, y espiró á los setenta y un años, el 13 de Setiembre de 1598. Fué sumamente aplicado en el despacho de los negocios, de basto talento y paciente ánimo aun en medio de los mayores infortunios, amó la prudencia, la piedad, y tuvo mucho afecto por las artes y las ciencias, como lo acreditan el Escorial, el archivo de Salamanca, varias universidades y colegios; dieron lustre á su reinado la conquista de las Filipinas y otras regiones de América y la union del Portugal; pero otros muchos hechos desdoraron su nombre, considerándose algunos de ellos en las esferas de los dudosos: las muertes de D. Juan de Austria, Juan de Escobedo y la de su hijo D. Carlos pertenecieron á esta categoría; y no tienen disculpa la persecucion hecha á Antonio Perez, y las sangrientas ejecuciones y atentados verificados en Aragon, Flandes y Portugal. En su reinado florecieron fray Luis de Granada, fray Luis de Leon, y el padre Juan de Mariana ilustre por haber escrito la «Historia de España.»

Las pérdidas de la marina española pusieron en graves conflictos á la Nueva-España, pues Guillermo Parc, acaudillando un cuerpo numeroso de piratas logró sorprender á Campeche en 1597, é introducirse hasta el centro de ella esparciendo el terror y la confusion entre los atemorizados habitantes, aumentándose el desorden por ha-

llarse fuera de la poblacion el alcalde D. Francisco Sanchez, y por habarse refugiado el otro D. Pedro de Interian en el convento de San Francisco. No obstante, los vecinos hicieron de su parte cuanto les fué posible para resistir el ataque bien combinado de los filibusteros, no faltando quien avisara al alcalde Sanchez que desde luego se puso en camino, y dirigiéndose al convento se unió con Interian. Mientras los piratas estaban saqueando las casas y cometiendo todo género de atrocidades, fueron atacados por los alcaldes á la cabeza del pueblo irritado, y comenzó una sangrienta y obstinada lucha que duró dos horas sostenida por ambas partes con igual tenacidad y encarnizamiento, siendo dudoso el éxito hasta que fué herido gravemente el gefe de los filibusteros, é introduciéndose entre ellos el desaliento y el desmayo, obligáronles entonces los campechanos á embarcarse y dejar gran parte del robo en tierra, descubriendo antes de salir que Juan de Venturate les habia abierto el camino. El traidor fué castigado despedazándolo con tenazas candentes.

Mientras se verificaban en la Nueva-España las fiestas por la jura de Felipe III, daba el virey Zúñiga cumplimiento al mandato de Felipe II acerca de que fuera trasladada la ciudad de Veracruz del sitio donde se hallaba, al lugar que hoy ocupa en la playa enfrente del castillo de San Juan de Ulúa. Tal mudanza ya se habia hecho necesaria, no solamente porque el suelo húmedo de la que hoy se llama Antigua Veracruz hacia mucho daño á la salud, sino principalmente para aprovechar la situacion del islote de San Juan de Ulúa, y se verificó la traslacion á fines de 1600, concediendo Felipe III á la nueva Veracruz, situada donde desembarcaron los conquistadores, el título de ciudad en 1615. La Antigua Veracruz era el puerto cerca del cual surgian las flotas que cada año llegaban á Nueva-España, y el de mas continuo comercio con Europa y otros pueblos de las Indias, situado á poco mas de una legua del mar; eran subidas las mercancías de las naos en pequeñas embarcaciones que eesigian poca agua, para que pudieran pasar por la barra que no solamente es poco profunda, sino que varía y casi llegan á cerrarla las arenas impelidas por los fuertes vientos, hasta que la agua del rio se abre un paso que es muy peligroso, entrando por allí las embarcaciones. Además, el puerto era muy caliente y húmedo, lleno de una inmensa cantidad de mosquitos y donde con prontitud se adquirian multitud de enfermedades; solamente la sed insaciable de las riquezas hacia muy concurrido aquel lugar donde se veian tantos tesoros de España é Indias, pereciendo muchos de los negociantes que allí se presentaban. A la Antigua pertenecieron varios lugares bastante poblados de indios que á poco habian desaparecido.

Los primeros misioneros que se presentaron en la Antigua fueron los jesuitas Alonso Guillen y Juan Rogel, quienes trabajaron con éxito en desarraigar los muchos vicios que en aquel puerto habia introducido la gente de mar, é influyeron mucho en la variacion de las costumbres. Hacia tiempo que estaban allí aquellos dos misioneros, cuando en 1579 el padre maestro Pedro Diaz, que pasó de procurador á Roma, llevó una peticion para establecer un colegio en la Veracruz que hoy llamamos Antigua, y pidiéronle que desde luego se diera principio á la obra, por ser necesario doctrinar á tantos negros del rey y de los particulares, por la diversidad de gente que allí concurría en las flotas que llegaban de España y el gran número de enfermos que habia necesidad de asistir; el padre provincial accedió á la peticion, y desde luego se eligió el sitio y se comenzó la construccion de la casa, ayudándoles para la obra las limosnas de algunos encomenderos y el servicio de sus esclavos; construida la casa, que quedaba

algo retirada de la poblacion, compraron otra los vecinos y obsequiaron con ella á los jesuitas que casi siempre eran siete ú ocho, y se estableció una iglesia bastante buena para los ejercicios espirituales. Las flotas iban á invernar en el puerto de San Juan de Ulúa, donde permanecian casi siempre siete meses, y por eso pusieron en la isla tambien una casa los jesuitas, hasta que hubo allí un cura propio que administraba á la gente de guarnicion en los fuertes y la de mar que llegaba en la flota, á cuya gente invitaban á ganar el jubileo de la Purísima Concepcion, y le predicaban aun á bordo de los buques haciéndose fiestas con tal motivo.

Siendo mayores los inconvenientes que cada dia experimentaba la antigua ciudad de Veracruz, tanto, segun hemos dicho, por los rigores que del clima resentian los vecinos y los tratantes, cuanto porque la descarga de la flota duraba cuatro y cinco meses, sufriendo la hacienda pública y los particulares pérdidas de consideracion, teniendo que subir las mercancías á la ciudad y que pasar los tropiezos de la barra, dispuso el monarca español que dicha ciudad se mudara á la playa, enfrente y á vista de la isla y fuerte de San Juan de Ulúa, y que allí se descargaran todos los años las flotas por ser puerto menos dañoso y con algunas comodidades; para que desde luego se cumpliera tal disposicion, ordenó á los religiosos abandonaran la Antigua y al virey que les diera en la nueva un buen sitio para sus casas é iglesias, como se hizo. La nueva ciudad quedó en terreno firme y á la vista de la isla de Ulúa, y se entraba al puerto por dos canales; su planta fué bien dispuesta, sus edificios construidos con madera por la falta que habia de piedra en todo el contorno, encontrándose tan solo montes de arena; pero habiendo acontecido grandes incendios se hicieron luego edificios de piedra; fueron levantadas las casas real y de contratacion, aumentando cada dia aquella poblacion con motivo de la entrada y salida de las flotas y otros buques. Los jesuitas volvieron á construir muy retirada su iglesia y casa, y por eso tuvieron que levantar otras en 1606. Por este tiempo llegaban á Veracruz de Angola, Congo y Guinea, cerca de cuatrocientos negros cada año.

Con las construcciones de madera habia seguido la poblacion hasta 1618, en que por el mes de Diciembre acaeció un grande incendio que destruyó la mitad de la ciudad, alimentando el fuego un violento Norte; y como la madera estaba apropósito para arder, perdiéronse los bienes de los vecinos y hasta los ornamentos de las iglesias, y los vasos sagrados, tratando cada cual de salvarse, valuándose el total de lo perdido entonces, en mas de dos millones de pesos y quedándose en las calles porcion de gentes sin tener casas donde abrigarse; contribuyó á aumentar el daño el haber volado por la explosion de dos barriles de pólvora que tenia un comerciante, algunos techos incendiados, con lo cual se esparcieron porcion de teas que pegaron el fuego por mil partes; entre los edificios que se libertaron estuvo la iglesia mayor. Los jesuitas fundaron un colegio en 1639 habiendo dejado una hacienda D. Fernando de la Serna Valdes, canónigo de Puebla, para fomentarlo y «se puso luego en ejercicio la lectura de gramática, que solamente se enseñaba en Puebla y México.» Mas adelante aquella fundacion dió motivo á un pleito, pues la hacienda no quedó sujeta al pago del diezmo con lo cual no estuvo conforme el obispo Palafox.

Insistiendo el conde de Monterey en que se congregaran los indios, estableció un fondo para los gastos necesarios de la empresa, nombró otros cien comisarios y les dió las instrucciones previniéndoles que no faltaran á la caridad con los indios, á quienes debian anunciar que quedaban dueños de las tierras que dejaban y de las que nuevamente

se les daban; pero esto nada pudo contra las prevaricaciones de muchos de aquellos empleados de quienes los ricos españoles conseguian cuanto deseaban; en esto se emplearon cerca de dos años sin que se terminara el proyecto por causa de los comisarios que escogieron principalmente el tiempo de las aguas para la traslacion, no valiendo nada los ruegos de los indígenas que pedian sumisos fuera aplazada; pero los comisarios, lejos de conmoverse y acceder, trataban á los indios de la manera mas inhumana arreándolos como si fueran bestias, quemaban las chozas y dejaban atónitos á aquellos desgraciados, que veian reducidos á cenizas los albergues donde ellos y sus padres habian nacido; al abandonar los árboles, testigos y únicos recreos de sus dias serenos que creian ya no habian de volver, y cuando reflexionaban, y se encontraban sin abrigo en medio de los llanos, huian á lejanas tierras donde no vieran á los españoles, ó se suicidaban. Los pueblos debian concentrarse hasta formar uno que pudiera sostener al párroco. Los comisarios, que llevaban listas de los individuos que habian de formar las congregaciones, tambien se introducian á las poblaciones ya formadas, y mandaban nivelar las calles y quitar los edificios que estorbaban la vista, por cuyos actos les tomaban los indios grande aborrecimiento y de paso á todos los españoles, que informaron á Felipe III de lo que pasaba en Nueva-España. Mandáronse avaluar los perjuicios que sufrían los españoles y que tambien se hiciese otro tanto con los indios; nombráronse por el virey visitadores que dijieran si eran ciertos los informes dados por los comisarios, llevando intérpretes que manifestaran las quejas de los indios. Ya establecidas algunas congregaciones sufrieron nuevos cambios en su situacion, dictándolos desde México el virey. Suscitáronse porcion de pleitos entre los hacendados y los jueces de las congregaciones, que se empeñaban en llevarse á los peones para los nuevos pueblos; á varios de los antiguos se les concedió reunirse donde lo solicitaron, y á otros se les permitió quedasen en sus sitios por circunstancias particulares. El cambio de temperamento y la falta de alimentos traian grandes enfermedades á los indios, como aconteció á los de la congregacion de Yanhuitlan, y aunque el virey deseaba socorrerlos casi siempre llegaban tarde sus disposiciones.

Por mas sumisos que fueran los indios, algunos se sublevaron, haciéndolo los de la sierra de Topia, á quienes querian los españoles explotar sin piedad en el trabajo de las minas, y á los cuales consiguió apaciguar el obispo de Guadalajara, D. Ildefonso de la Mota, ofreciéndoles que no volverian á ser molestados, y para mayor seguridad estableció allí algunas misiones de jesuitas, quedando como olvidados los muchos muertos habidos en la rebelion. El obispo de Guadalajara se dirigió á los sublevados y por medio de palabras de mansedumbre los exhortó á la obediencia y sumision; separado de ellos pasó al campamento del gobernador español, y mientras ambos conferenciaban, una partida de las tropas españolas se disponia á atacar á los sublevados; pero estos se colocaron de manera que pudiera ser vista la mitra ante la cual depusieron sus armas los españoles, y entrando los partidos en convenio cerraron las discusiones, logrando el obispo reconciliar á los indios con el gobernador. Tambien se abusaba de ellos, no obstante los cuidados del virey, ya quitándoles una parte de sus sueldos para el juez encargado de vigilar que se les pagase, ya sacando mas de los jornaleros necesarios y alquilándolos á mayor precio, por lo que el virey, á petición de los indios, dispuso que siguieran los repartimientos como estaban antes. Desde la época del virey Enriquez se habian restablecido los repartimientos de indios; pero como eran notoriamente perjudiciales y atentatorios á la libertad, habia dispuesto la corte

que los quitaran á consecuencia de varias representaciones, y Zúñiga obedeció, aunque no le parecia bien dejar á los indios tan libres para que pudieran alquilarse ó no, por lo cual dispuso que se reunieran todos los domingos en las plazas y allí se ajustaran á jornal. El mismo asistia á las plazas para tratar de corregir los abusos, que le era imposible impedir no pudiendo presenciar todos los ajustes, y por ello los indios solicitaron nuevamente pertenecer á los repartimientos.

Ya por asegurar la navegacion del galeon de Filipinas, ó ya porque hubiera encontrado entre los papeles de su padre relaciones de viajeros acerca de hallarse en el mar del Norte un estrecho llamado Anian, dispuso Felipe III que se explorara y colonizara la California previniéndolo así á Zúñiga, quien nombró jefe de la expedicion al almirante Sebastian Vizcaino, y á Toribio Gomez Corban para que marchara á Honduras, acompañado del piloto Antonio Flores y del alférez Sebastian Melendez y condujera ya aprestados á Acapulco los buques que se necesitaban; entretanto Juan Acevedo pasó tambien á Acapulco para ajustar víveres, y dispuso el virey que se diera á Vizcaino la gente que pidiera, y exhortó á los oficiales antes de partir á que cumpliesen con sus deberes. Las Californias habian sido independientes del imperio mexicano y de los reinos de Michoacan, Jalisco y de los demas establecidos al Norte, y segun se infiere de la tradiccion, los californios vinieron de los países septentrionales, arrojados de su antigua patria por enemigos poderosos. Diversas expediciones se hicieron á las Californias desde las emprendidas por el mismo conquistador Hernando Cortes, y la Baja California se creyó durante mucho tiempo que era una isla. Los viages que á ella se hacian no tenian solamente un objeto científico ó comercial, sino que muchos de ellos fueron verdaderas tentativas para colonizarla bajo la proteccion inmediata de la corte, empeñada en estender los límites de sus posiciones; pero el suelo árido y triste de la Península rechazaba de su seno á los aventureros cuya codicia encontraba muy pobres aquellas regiones, hasta que el padre jesuita Juan María de Salvatierra, venciendo los obstáculos, fundó á Loreto en la costa oriental de la Península. Cuando los españoles llegaron allí ocupaban el terreno diversas tribus: los pericues, los guaicurcas, coras, aripas y otros muchos que habitaban ademas algunas islas del mar Pacífico; todos eran semejantes á los mexicanos y sin tener la menor nocion de agricultura, vivian de la pesca, de la caza y de las frutas, y no obstante, desconocian el hurto y la embriaguez, y guardaban entre los miembros de su familia amor y armonía. Los padres de la Compañía de Jesus llegaron á contar quince misiones cuando fueron expatriados en 1767.

Continuando el conde de Monterey en el gobierno con su acostumbrado desinterés, supo por Setiembre de 1603 que el rey le habia promovido para el vireinato del Perú, y que su sucesor D. Juan de Mendoza y Luna, marques de Montesclaros, habia arribado á Veracruz; partió desde luego á Otumba con la pompa acostumbrada, y previno á los marqueses un hospedaje tan magnífico, que en ocho dias gastó casi la renta de un año de virey, y siguió su camino para Acapulco siendo muy sentida su falta por los indios que en gran cantidad le acompañaron llorando, cuya demostracion no habian hecho con ninguno de sus antecesores; y ciertamente fué un ministro adornado de virtudes que habrian hecho de él uno de los mejores vireyes de Nueva-España, á no ser por el asunto de las fundaciones y congregaciones de pueblos. Pasó al Perú, y en el juicio de residencia fué condenado á pagar doscientos mil pesos que dió para las congregaciones á los comisarios y escribanos, de cuya sentencia fué absuelto en la corte á donde apeló.